

Banquete

Manuel Campa

Entre las virtudes que suelen atribuirse a los asturianos –no hablemos hoy de poner a nadie como hoja de perejil-, figura la de ser hospitalarios. Sorprende a quienes viajan a América las atenciones que reciben cuando visitan los Centros Asturianos, a pesar de las dificultades por que pasan algunos de aquellos países.

En la plaza de toros del Puerto de Santa María hay una inscripción que recoge una frase de Joselito el Gallo, según la cual quien no ha visto una corrida en el Puerto no sabe lo que son los toros. Del mismo modo, cabe decir que quien no conoce los Centros Asturianos de América no sabe cabalmente qué es Asturias. Una breve visita al Centro de Buenos Aires, o al de México, o al de Caracas, o al de Tampa, o a tantos otros perdidos en la inmensidad americana, nos da una información valiosísima sobre los asturianos trasterrados, emigrantes, sobre la huella que, con su denodado esfuerzo, han ido dejando en aquellas tierras. (A nadie se le oculta que los asturianos del pasado, siendo muy trabajadores, lo han sido aun más en la emigración que en la propia casa).

Hace ya muchos siglos, quedó un Banquete en la memoria de todos por la conversación allí surgida. Fue una cena para celebrar un premio literario; tuvo lugar en El Pireo, en la costa ática. Allí decidieron los comensales beber con moderación, despedir a la flautista y hablar a fondo de las cosas. Salvando las distancias, no hay conversación que más preste que la que surge con los asturianos de América en torno a un buen pote. (Tal vez la fabada resulte pesada para el discurso largo). Yo tuve la fortuna de participar en una de esas comidas en América, en México, en casa de Taibo I, o Taibo el Viejo, Después de visitar el admirable Centro Asturiano, pudimos compartir, con mexicanos y españoles, la inagotable discusión sobre la emigración asturiana. Y lo mismo que se dice que, entre los primitivos cristianos, en cuanto se reunían, brotaba entre ellos la llama del Espíritu Santo, cuando se habla con nuestros paisanos de ultramar, surgen, casi siempre, como tema, los gozos y las sombras de los asturianos de dentro y de los trasterrados. Taibo I, viejo y lúcido, nos invitó, nada más llegar a su casa, a un tequila, y nos habló de los viejos republicanos españoles: de Luis Buñuel, de Pedro Garfías, de León Felipe, de José Gaos, de Wenceslao Roces, que cantaba asturianadas, además de traducir a Marx. Luego, preguntó por los últimos años de sus amigos de la Filarmónica de Gijón: por Vizoso, por Costales, por de la Concha... Todos formaron parte de la llamada por Pérez de las Clotas “Tertulia de los Senadores”, ubicada inicialmente en el “Pío”. Hubo también un recuerdo para Ignacio Lavilla, pintor y crítico, que vivió y murió en México. La comida hizo honor al “encuentro de dos fogones”, según el título de un libro del viejo Taibo, con unanimidad, para comenzar, en el elogio al inigualable paisaje tradicional de Asturias. La conversación tuvo referencias para las dos emigraciones españolas, la económica y la cultural o del exilio, tan bien descritas por los poetas:

Dimpués si juí pel mundiu alantre
Coles manes dures pa mové'l jachu
Y hobu algún cabrón que i jeciu trampes
Por non saber de cuentos n' escribachos...

O bien:
Tú te quedas con todo y me dejas desnudo y errante por
El mundo...
Mas yo te deixo mudo... ¡mudo!

Felipe Prieto y León Felipe expresan bien el punto de partida de las dos emigraciones. La gran paradoja es que los emigrantes económicos se esforzaron al máximo para que sus hijos tuvieran acceso a los niveles superiores educativos, con lo que, a la segunda generación se fundieron las dos emigraciones. La conversación llega a las relaciones culturales, hoy, de México y España. La benemérita participación de los trasterrados españoles en el Colegio de México y en empresas editoriales, como el Fondo de Cultura Económica, debe tener continuidad, en el futuro, en los intercambios culturales entre ambos países. Se han traído a España grandes exposiciones, como las de Rivera y Tamayo, aunque en la inauguración de esta última, en el Reina Sofía, se marginó a los mexicanos, como si estuviéramos aún en la época del Virreinato. Y, a la presencia reiterada del teatro español en México, debemos responder los españoles, en el futuro, con una mayor atención al teatro mexicano... Por ejemplo, sería de interés para nosotros una versión teatral de Pedro Páramo, que se representa en la capital azteca. Al final, la sobremesa se centra en las posibilidades de atender, desde Asturias, las dos dimensiones de la emigración, la cultural y la asistencial, así como en la necesidad de facilitar el regreso a los emigrantes que lo deseen, así como a sus hijos...